

camente.» Las masas de los peregrinos crecían de un modo extraordinario; pues además de los compactos pelotones de los expedicionarios contra los wendos y de las grandes bandadas de hombres de la Baja Alemania, de ingleses y provenzales, que desde las costas de su país iban por mar á Siria, reuniéronse con el rey Conrado 70,000 caballeros, é igual número con el rey Luis, es decir, que los ejércitos de ambos soberanos entre caballería, tropas de á pié y bagajes, componían centenares de miles de hombres, y es de notar, que los griegos, cuando después intentaron cortar el ejército alemán á su paso por el Bósforo, pretendieron haber hecho frente á más de 900,000 hombres. También el papa Eugenio se sintió animado del mismo entusiasmo por la cristiandad. Hasta entonces no había hecho en favor de la cruzada más que excitar en tal sentido el celo de la nación francesa. La participación de Conrado en la peregrinación, le fué por de pronto muy desagradable; porque deseaba tomar á sueldo soldados alemanes para sostenerse contra los levantiscos romanos. Pero después, para fomentar en lo posible por su parte la causa común, mandó, como legado de la cruzada cerca del rey Conrado, al cardenal-obispo Dietwin, cerca del rey Luis, al cardenal-presbítero, Guido, y cerca de los peregrinos wendos al obispo Anselmo de Havelberg; y se dejó llevar luego de la aventurada esperanza de que el levantamiento general y poderoso de la cristiandad romana daría por resultado la reunión de la Iglesia de Roma con la griega.

Entre tanto, el aspecto de la multiforme empresa no era en realidad nada lisonjero. Si los franceses hubieran ido solos á campaña, hubieran obtenido quizá importantes resultados; su número era muy suficiente para derrotar á Zenki y recuperar á Edesa. Pero tomando parte los alemanes en la cruzada, que San Bernardo había promovido con ferviente celo por la Iglesia, sin detenido exámen de consideraciones mundanas, podía ponerse en tela de juicio el éxito de aquella expedición. Conrado III era un monarca débil; bajo su reinado estallaron en Alemania, año tras año, crueles luchas, á causa de las cuales una gran parte del pueblo no solo salió perjudicada gravemente en sus personas y bienes, sino también en sus almas. Las divisiones militares alemanas que se habían consagrado al servicio de Jesucristo con súbita contrición, se componían, además de entendidos caballeros, de soldados del pueblo peligrosos y sin disciplina alguna y de vagabundos criminales. Entre tanto, las relaciones internacionales se complicaban en aquellos tiempos de una manera aun más fatal. Los franceses, si bien por el momento se hallaban en paz con todo el mundo, sostenían una amistad particular con los normandos de Italia y estaban fuertemente irritados contra sus enemigos, los griegos, opresores de Raimundo de Antioquía. Los alemanes, por el contrario, miraban con aborrecimiento á los normandos, y estaban aliados con el emperador Manuel, cuya esposa era la condesa Berta de Sulzbach, cuñada de Conrado. En estas circunstancias la empresa común de ambos pueblos estaba amenazada desde un principio de los más serios conflictos, y durante los mismos preparativos de la cruzada se vió esto por desgracia del modo más patente. En efecto, Conrado determinó, como era muy natural en él, marchar al Oriente por tierra, atravesando la Hungría y el imperio bizantino; pero Luis vaciló mucho tiempo, sobre si debía elegir el mismo camino ó ir á Italia, y desde allí embarcarse para Siria. Los embajadores griegos y normandos se esforzaban apasionadamente por arrastrarle, los unos á un lado, los demás á otro. El rey Roger se manifestó, desde luego, dispuesto á proporcionar barcos y víveres al ejército francés, tan pronto como este llegase á Apulia, á acompañar en persona á la escuadra, ó confiarle á su hijo. A pesar de esto, triunfaron por fin los griegos; porque Luis no quería sepa-

rarse completamente de su compañero de armas Conrado; y porque «la ruta seguida por Cárlo Magno y Godofredo de Bullon», se había hecho ya el camino tradicional de los grandes ejércitos cruzados. Los embajadores normandos, cuando supieron esta resolución, regresaron á su patria prorumpiendo en las mayores amenazas contra los griegos.

LOS CRUZADOS EN GRECIA Y EN EL ASIA MENOR

Los peregrinos alemanes se reunieron por fin á principios de junio de 1147, en la región occidental de la frontera húngara. El rey Conrado no pensaba aguardar allí á los franceses, sino seguir avanzando en su marcha á Constantinopla solo con los suyos, á fin de que por medio de esta



El rey Conrado III en marcha. Facsímile tomado *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

separación se facilitara la provisión de víveres, ya de suyo bastante difícil para cada uno de los dos ejércitos.

Por Pascua de Pentecostés (8 de junio) penetró en Hungría, donde á la sazón reinaba Geisa II, con quien los alemanes habían sostenido, poco tiempo antes, una guerra desastrosa; por esto estuvieron á punto de tomar venganza valiéndose del gran ejército cruzado, y hasta un pretendiente á la corona de Hungría, el príncipe Boris, les excitó á que hicieran la guerra á Geisa. Pero Conrado no se decidió á comenzar la guerra santa iniciando la lucha contra un rey cristiano, y se contentó con atravesar dicho país entre devastaciones y saqueos. Llegaron, pues, los cruzados con toda felicidad á los confines bizantinos del valle del Morawa pasando por Hungría y por los afluentes del Danubio. Allí se presentaron algunos enviados del emperador Manuel, y prometieron facilitar en lo posible la marcha del ejército suministrándole víveres, si por su parte los alemanes no causaban daño alguno, ni á las personas ni á los territorios de los griegos. Aviniéronse sin dificultad á esta proposición, y así fué saliendo adelante la empresa del rey Conrado.

Los franceses se reunieron en Metz dos semanas después que los alemanes; marcharon luego al través de la Franconia y Baviera y siguieron por Hungría las huellas de los alemanes. En el camino se les incorporó el príncipe Boris, sin obtener apoyo alguno; porque Luis estaba y deseaba continuar en buena inteligencia con Geisa. Lo único que se concedió al pretendiente fué el permiso de salir del territorio húngaro bajo la protección de las armas francesas. Por lo demás durante la marcha se presentaron unos legados bizantinos, quienes no solo hablaron como en el campamento alemán, sino que añadieron, que debía obligarse á los grandes de Francia por medio de juramento á entregar al gobierno imperial todos los territorios que arrancaran á los seldyucidas y que anteriormente habían pertenecido á los griegos. Los barones de Luis no estaban muy dispuestos á atarse las manos respecto de futuras conquistas. Hubo acaloradas discusiones, cuyo único resultado fué que los griegos mirasen

con profunda desconfianza á los franceses y que en éstos se enardecieran de nuevo el odio y la cólera contra el emperador Manuel.

A esto siguió algo peor. En el intervalo habían ocurrido en otros puntos, sucesos que amenazaban hacer extensivo á todos los cruzados el odio que los franceses tenían á los griegos.

El emperador Manuel, después de haber humillado al príncipe Raimundo en el año 1144, salió á campaña contra los seldyucidas del Asia Menor al frente de un poderoso ejército y les causó sensibles derrotas, llegando á perseguirlos hasta las puertas de su capital, Iconio. Para los cruzados era esta la mejor ocasión, uniéndose á los griegos, de dar el golpe de gracia á los seldyucidas sin gran trabajo; el emperador Manuel por su carácter personal hubiera sido para ellos un exce-



El rey Luis VII en marcha. Facsímile del código *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

lente aliado, porque no solo trabajaba como general al frote de los suyos, sino que además le gustaba buscar peligros y aventuras en temerarios combates, y en esto mostraba un carácter que tenía mucha afinidad con las tendencias de la nobleza de Occidente. Por lo demás la guerra de los cristianos con los mahometanos había conseguido también en Africa brillantes triunfos durante los últimos años, habiendo sido conquistados por los normandos de Sicilia muchos pueblos importantes en las costas de Túnez y Trípoli. Pero todos los buenos auspicios que iban unidos á estos triunfos de la Cruz en el Sur y Este de Europa, se convirtieron por fin en su daño en virtud de la hostilidad existente entre el rey Roger y el emperador Manuel. El rey, en continua inquietud ante la previsión de una guerra con los griegos, no solo dejó al fin en paz á los sectarios del islamismo en Africa, sino que también equipó una escuadra poderosa, con el fin de aprovechar una buena ocasión para atacar al emperador mientras este se hallaba ocupado en el interior de su imperio con motivo de la llegada de los cruzados. Precisamente entonces, en el verano de 1147, conquistaron los normandos á Corfú, saquearon á Corinto, Tebas y Eubea, y sacaron de las ricas ciudades inmensos tesoros que transportaron á sus barcos. Manuel, al saber estos sucesos, cayó en la más violenta excitación, resolvió al punto dirigir al Oeste todas las fuerzas de su imperio, y por esta causa, concedió unatregua de doce años á los seldyucidas, cuyas proposiciones de paz había rechazado antes con desden. ¡En qué confusión tan lamentable se encontraron desde entonces los asuntos de las principales potencias cristianas! Mientras las activas fuerzas de Alemania y Francia ansiaban la lucha contra los seldyucidas; los campeones de la cristiandad, normandos y bizantinos, hacían la paz con el islamismo; y mientras la espada de los normandos descargaba su furia sobre las costas griegas, se aproximaban á Constantinopla centenares de miles de cruzados y despertaban en Manuel la consiguiente sospecha de que también en ellos habría qui-

zá dañadas intenciones contra su imperio. Por todas partes se presentaba el porvenir preñado de desastres.

La expedición de los alemanes al través de Grecia confirmó luego este presentimiento. Los funcionarios del emperador les salieron á recibir, al principio dispuestos á servirles, y los cruzados conservaron el orden regular mientras atravesaron con penosa marcha los terrenos montuosos de Servia y Bulgaria; pero apenas bajaron á los fértiles valles de la Tracia, cuando se declaró la indisciplina en el ejército, que se entregó al robo y al incendio. Manuel se vió por esta causa obligado á echar mano de sus tropas para impedir que los alemanes siguiesen adelante, y una vez por lo menos, junto á Andrinópolis, se trabó una sangrienta lucha entre ambas partes. Por lo demás, el emperador se esforzó en persuadir al rey Conrado de que no dirigiese su marcha al Bósforo, sino al Helesponto, al parecer con objeto de que estos cruzados no tocasen en el corazón del imperio, esto es, en Constantinopla y sus alrededores; pero el rey se negó á apartarse de la ruta de Godofredo de Bullon. El 7 de setiembre acamparon los alemanes en Cherobacchi, en el valle del río Melas, no lejos del mar. Por la noche se desencadenó una tempestad tropical que causó una gran inundación, en la cual muchas tiendas, caballos, armas y hombres fueron arrastrados por las olas y arrojados á la Propontide (mar de Mármara). A pesar de esto, las divisiones del ejército que habían sobrevivido á noche tan espantosa, se manifestaron poco después tan arrogantes y tan codiciosas de botín, que casi á las mismas puertas de Constantinopla saquearon, al Oeste de la ciudad, el Filopatium, hermosa residencia imperial, compuesta de parque y palacio, y se dirigieron en seguida, atravesando el puente de Bathysus, al arrabal de Pera, donde se instalaron en los antiguos cuarteles del duque Godofredo.

El emperador Manuel observó con dolor y creciente inquietud la tendencia de los alemanes, que después de todo eran aliados suyos. ¿Qué suerte le estaría reservada, si á las puertas de la capital se unían con ellos los franceses, amigos de los normandos? Evidentemente debía esforzarse porque pasaran el Bósforo lo antes posible, con objeto de aminorar en algo los peligros que le amenazaban. Pero, ¿cómo lograr esto? Los acontecimientos de las últimas semanas habían acrecentado la crudeza de relaciones entre él y Conrado, hasta el punto de que ambos soberanos, á pesar de ser parientes, no tenían á la sazón trato alguno personal (1). En tal estado de cosas, supo Manuel arreglarse de un modo puramente bizantino, esto es, con astucia y violencia. Por medio de emisarios censuró duramente al rey por la inacción del ejército alemán, y le amenazó fuertemente con que tendría á raya, por medio de sus bien disciplinadas tropas, á las revoltosas masas de los cruzados; y al fin consiguió, que Conrado, atemorizado, llevase su ejército al Asia á mediados de setiembre.

A este desgraciado comienzo de la cruzada alemana, siguió pronto el más triste desenlace. Es verdad que Manuel después de haber alejado el peligro para Constantinopla, volvió á entablar en seguida amistosas relaciones con Conrado, y le dió un distinguido oficial, Estéban, capitán de los wargas, para que le sirviese de guía por el Asia Menor; pero los alemanes marcharon á su ruina en poco tiempo, por su propia necedad y locura. El indisciplinable ejército

(1) La tirantez de relaciones entre alemanes y griegos, nacida de la circunstancias político-militares de aquella época fué, sin duda, la causa principal de que no se vieran entonces Conrado y Manuel. Las necias cuestiones de etiqueta, sobre las cuales estos dos príncipes sostuvieron contestaciones, pudieron influir en el particular, aunque de un modo secundario.

exigió que se continuara la marcha por el Asia; no quisieron aguardar á los franceses en el Bósforo, sino seguir avanzando y no parar hasta haber conquistado á Edesa. Conrado dió su completa conformidad á este plan, porque apesadumbrado por la desgraciada situación á que le había arrastrado el ferviente celo de San Bernardo, deseaba terminar la peregrinación lo antes posible. Pero cuando él, con objeto de activar por lo menos la expedición guerrera propiamente tal, concibió el plan de marchar sobre los seldyucidas al través del Asia Menor, acompañado únicamente de los caballeros, y enviar á Siria la gente de á pié por un camino que ofreciera menos peligros, se levantó entre la masa de dicha gente un fuerte tumulto, que dió por resultado la mas absurda división del ejército; pues lo menos 15,000 hombres, en su mayor parte infantes, se separaron de sus compañeros en Nicea, donde se habían detenido en la primera quincena de octubre. La mitad se separó del rey con arrogancia, y la otra mitad se fué á su albedrío; pero eran en corto número para poder marchar por cualquier camino con seguridad, y despues de su partida quedaba aun el ejército principal con extraordinaria impedimenta. Conrado se proveyó en Nicea de cuantos viveres le fué posible, y el 15 de octubre avanzó desde dicho punto en dirección á Frigia por la ruta de Godofredo de Bullon. El mal ordenado ejército se movió, no obstante, con lentitud extraordinaria. Al cabo de 8 dias no había aun llegado á la próxima ciudad de Doryleum, en cuyo trayecto no habían empleado mas que 4 dias los cruzados del año 1097. El rey pidió esplicaciones al capitán Estéban, como si este tuviese la culpa de lo poco que avanzaba el ejército. Pasáronse dos dias mas en igual estado, hasta que los cruzados se manifestaron tan coléricos é impacientes, que Estéban hubo de huir por temor. Finalmente, al undécimo dia, 26 de octubre, se encontraron en las inmediaciones de Doryleum, pero, á la vez, se presentó parte de la caballería seldyucida á poca distancia de los alemanes. Los caballeros se desbandaron enseguida en loca correría contra el enemigo, pero cansaron inútilmente sus caballos, porque los seldyucidas, con una rápida huida, evitaron el primer choque de los armados escuadrones. Despues, cuando los caballeros detuvieron sus ya fatigados caballos, se volvieron los seldyucidas para atacarlos, rechazaron á los caballeros, con sangrientas pérdidas y se arrojaron sobre las pesadas masas del resto de los peregrinos. Los caballeros intentaron varias veces rechazar á los enemigos, pero siempre con el mismo resultado que la primera vez. Entonces se abatió el ánimo de los alemanes, y su anterior arrogancia se convirtió en lamentable cobardía (1). El rey Conrado convocó á los duques, condes y barones á un consejo, en el que se resolvió volver al mar y á donde estaban sus compañeros de guerra los franceses.

La retirada completó la derrota de los cruzados. Los seldyucidas rodearon como un enjambre á todo el ejército y le acometieron por los flancos, por la retaguardia y hasta por la vanguardia. Los alemanes se declararon al punto en desordenada fuga, sin hacer un intento siquiera de ordenada defensa. El rey Conrado y los príncipes pelearon, es verdad, hasta habérselas cuerpo á cuerpo con los enemigos; el mismo Conrado salió herido; pero solo el conde Bernardo de Plozke alcanzó la gloria de haber llenado un altísimo deber, cubriendo la retaguardia con prudencia y constancia, hasta que sucumbió víctima de los dardos enemigos. Luego empezaron á hacer estragos el hambre y las enfermedades, por haberse concluido los viveres que se habían llevado; y de este modo pereció una gran parte del ejército, cuyos restos al fin

(1) El dia de esta batalla de Doryleum, 26 de octubre, hubo eclipse de sol; y esto aumentó tal vez la consternación de los cruzados.

llegaron á Nicea. En esta ciudad murieron mas de 30,000 hombres, unos de hambre y otros á consecuencia de las fatigas que habían sufrido. La mayor parte de los que quedaron con vida regresaron á Constantinopla y á su patria, despues de haber expiado radicalmente su gusto por la guerra santa. Solo un pequeño grupo se manifestó aun bastante resuelto á hacer un nuevo intento para continuar la cruzada.

Mientras el ejército alemán perecía de esta horrible manera, los franceses verificaron su marcha al través de Grecia. Subieron en plena paz por el valle del Morava y bajaron Tracia, aunque para ellos el peligro de un choque con los griegos era mucho mas inminente que para los alemanes, pues entre ellos, á pesar de la severa disciplina que Luis y sus barones procuraban mantener, había mucha gente vagabunda aficionada al merodeo, y los habitantes de las provincias bizantinas, fuertemente excitados aun, á causa de los excesos de los alemanes, les mostraban en general la mas odiosa desconfianza. Los funcionarios del emperador Manuel se esforzaban, no obstante, por evitar cualquier pretexto que diese lugar á una colisión, y procuraban tener contentos á los cruzados. El mismo Manuel rogó á los franceses, como antes lo había hecho á los alemanes, que no pasasen al Asia por el Bósforo, sino por el Helesponto, y aun cuando Luis rechazó este ruego, le expresó el emperador sus sentimientos amistosos por medio de mensajeros y cartas, é invitó á su esposa á que escribiese afectuosamente á la reina Leonor. De este modo, por lo menos oficialmente, se mantuvieron las buenas relaciones, y Luis, felicitado solemnemente y brillantemente por su llegada á las puertas de Constantinopla, el 4 de octubre, pasó al fin alegres dias al lado de Manuel en su magnífica residencia.

Pero los griegos tenían mucho por qué temer de estos peregrinos; pues había entre ellos bastantes amigos de los normandos que eran encarnizados enemigos del imperio bizantino; y como justamente por entonces se tuvo noticia de los triunfos que el rey Roger había alcanzado en las costas griegas, se formó un partido poderoso en el campamento francés, que manifestó la pretension de acometer á Constantinopla y destruir el imperio entero, creyendo que solo así quedarían seguros para siempre los cristianos sirios, que tanto habían tenido que sufrir por parte de aquellos ambiciosos emperadores. Manuel estaba en la mayor ansiedad en vista de estas aspiraciones, y por fin no supo hallar otro expediente que el empleo de la astucia y de la fuerza. Hizo correr falsas noticias de pretendidas victorias de los alemanes; y esparció el rumor de que habían muerto á 14,000 enemigos, tomado á Iconio y alcanzado gran gloria é inmenso botín. Estas noticias causaron el efecto que estaban destinadas á producir. Los franceses pidieron unánimemente ser llevados lo antes posible á igual felicidad, y Luis, accediendo á esta petición, pasó el Bósforo con todo su ejército hácia mediados de octubre.

Al otro lado del mencionado canal conferenciaron entre sí algunos dias, el emperador, el rey y sus barones, mientras las masas de peregrinos se ponían poco á poco en marcha con dirección á Nicea. Manuel deseaba ante todo celebrar una alianza con Luis contra Roger, tomar una parienta del rey por esposa para un príncipe griego, y finalmente, recibir el juramento feudal de los barones por los territorios que conquistarán. De todo esto, á pesar de sus promesas y regalos, no consiguió otra cosa, sino que al fin la mayoría de los barones le prestarán el juramento feudal el 26 de octubre, precisamente el dia en que los alemanes eran derrotados en Doryleum. Despues se despidió de los cruzados aparentemente en amistosa actitud, pero en realidad profundamente disgustado. Al aproximarse á Nicea los grandes de Francia, les salieron á recibir algunos señores alemanes, al

frente de los cuales iba el duque Federico de Suabia, para poner en su conocimiento el deplorable fracaso que habían tenido hacia poco. Luis oyó esta triste relación conmovido en lo mas íntimo de su corazón, y se apresuró á ir en busca de los restos del ejército alemán. Al encontrarse con Conrado se dieron un abrazo con las lágrimas en los ojos, y en seguida resolvieron continuar la peregrinación en leal unión.

Antes de seguirlos, debemos hacer mención de aquellos 15,000 hombres que se separaron del rey Conrado en Nicea. A su cabeza estaban el conde Bernardo de Carintia y el obispo Oton de Freising, célebre historiador y medio hermano de Conrado. Se dirigieron primero hácia el Oeste, tiraron despues en dirección del mar Egeo hácia el Sur, por fin, volvieron otra vez al interior del territorio, á la conclusión del año 1147; en la comarca de Laodicea á orillas del Lykus sufrieron una derrota, en la cual pereció el conde Bernardo; se esforzaron despues por llegar á la costa de la Panfilia; y allí fueron muertos ó hechos prisioneros casi todos en febrero de 1148. No se salvaron mas que el obispo Oton con un pequeño resto siguiendo por el mar y en dirección á Siria.

Casi tan infausta fué la suerte que cupo al ejército francés. Este ejército, entonces lleno de vigor, numeroso y aguerrido debiera haber marchado directamente al enemigo, encaminándose á Doryleum é Iconio por el camino mas corto. Por este medio se hubieran borrado las malas impresiones de la derrota de los alemanes lo antes posible y no se hubiera expuesto á peligros mayores que los que al fin había que vencer por cualquiera otra ruta que se siguiese. Pero las descripciones que Conrado hizo de sus desgracias, produjeron la absurda determinación de evitar el terreno ensangrentado entre Nicea y Doryleum, y de avanzar á Siria dando un gran rodeo por el Oeste y Sur del Asia Menor. Los franceses y los pocos alemanes que aun habían quedado juntos, fueron por Ulubad y Esseron á Adramyttium y desde allí á Efeso pasando por Pérgamo y Smirna. Hasta aquí no hubo seldyucidas que combatir; pero el cobarde alejamiento del peligro, la actitud profundamente hostil de los griegos en aquellos pueblos, las indecibles fatigas de la marcha por altas montañas é impetuosos torrentes, todo contribuyó á causar el mismo efecto que una derrota y acabó completamente con la fuerza de resistencia de los alemanes. Despues de haber llegado á Efeso, alrededor de Navidad, cayó tambien enfermo de gravedad el rey Conrado, y se sintió libre de un gran peso, cuando el emperador Manuel le dirigió con tal motivo una cordialísima invitación, que le dió plausible pretexto para suspender la continuación de la cruzada y regresar á Constantinopla para atender á su restablecimiento. Luis recibió tambien un mensaje de Manuel, por el cual le daba formal aviso, para que se pusiese en guardia ante próximos é inminentes peligros; pero este mensaje causó tanta menor impresión en el rey y sus caballeros, cuanto que, libres de la fatigosa unión con los alemanes, ya cansados de la lucha (pues con Conrado regresaron tambien sus tropas á Constantinopla), podían esperar dar otra vez nuevo impulso á su empresa. En efecto, los franceses tuvieron buenos resultados en las operaciones de las semanas siguientes: bajaron despues de Navidad el Meandro, continuaron avanzando por su orilla derecha hácia el interior del territorio, rodeados poco á poco de enjambres de seldyucidas, pero rechazándolos sin dificultad y con firme actitud. A primeros de enero del año de 1148, se encontraban en la pequeña ciudad de Antioquia sobre el Meandro, y allí aplastaron en un brillante encuentro á los enemigos que trataron de impedirles el paso del rio. Algunos dias despues llegaron á Laodicea sobre el Lykus; pero en vez de seguir avanzando hácia el Este por caminos no

muy penosos, se inclinaron de nuevo á la costa en dirección del Sur. Evidentemente este malhadado paso era una repetición del temor que había guiado al ejército desde Nicea á Efeso en vez de encaminarse á Iconio. Creyeron los franceses encontrar en los territorios de la costa menos enemigos y mas abundantes provisiones que en el interior, y en ambas cosas iban á engañarse por completo. Apenas salieron al Sur de Laodicea por caminos estrechos y escarpados yendo en desordenada marcha por la cordillera del Cadmo, cuando los seldyucidas sorprendieron repentinamente al ejército, que en tales circunstancias estaba casi diseminado, é hicieron en él una horrible carnicería, de la que fueron víctimas no solo las masas de los peregrinos de menos significación, sino tambien muchos de los mas encopetados caballeros de Francia, y el mismo Luis no pudo librarse, sino despues de una lucha desesperada. En aquella ocasion la disciplina y el valor admirables de un escuadron de caballeros templarios, que estaban con el ejército, obligaron á la mas estricta obediencia á toda la masa de guerreros, que volvieron á reunirse y estrechar sus filas como si fueran una gran órden de caballería, y desde entonces se prescribió é hizo observar el órden mas severo en las marchas y en los combates. Llegaron así á la costa de la Panfilia junto á la ciudad bizantina de Attalia sin pérdidas de importancia, á pesar de los repetidos ataques enemigos; pero allí esperaba otra calamidad á aquel ejército; pues los habitantes de Attalia suministraron á los peregrinos, aun que á precio muy subido, viveres para los hombres, pero no provisiones para los caballos, porque estando situada la ciudad en una costa pedregosa, carecían de forrajes. En su consecuencia, bien pronto se encontraron allí los franceses en peor situación que en el interior, y al fin no se aventuraron tampoco á lo único que podía salvarlos, es decir, á marchar con todas sus fuerzas á Cilicia que estaba cerca. Vacilaron y deliberaron, volviéronse á los griegos á pedirles barcos para trasladarse por mar á Siria, y despues de esperar algunas semanas, recibieron una escuadra que solo era capaz de alojar y trasportar á los principales señores del ejército. Entonces los pelotones de la gente vulgar con trasportes de cólera declararon, que los señores podían embarcarse para Siria en nombre de Dios, pero que ellos, únicamente por tierra, procurarían abrirse paso. Luis, despues de tantos sufrimientos, no tuvo bastante energía para impedir la realización de este plan, y por consiguiente, la disolución del ejército entero. Consintió en ello, concluyó además un tratado pueril con los griegos, en virtud del cual estos debían llevar á Tasso los bagajes con buena escolta, recibiendo por este servicio una crecida suma, y á fines de febrero de 1148, abandonó el puerto de Attalia acompañado de sus barones y prelados. Las masas que quedaron en tierra fueron todas al poco tiempo víctimas, como era de esperar, ó de la espada de los seldyucidas, ó de la codicia y odio de los griegos (1).

(1) Los confusos rumores, segun los cuales, los griegos, desde el emperador hasta el último vasallo oprimieron de un modo indecible, robaron y mataron, *envenénandolos en masa* á los cruzados de 1147 á 1148, rumores que se encuentran tambien mencionados en historias fidedignas, solo en muy pequeña parte tienen fundamento. Ningun cargo propiamente tal, alcanza *moralmente* al emperador: *políticamente* renovó las faltas de su padre y de su abuelo, al exigir en general el juramento de feudo que tanta repugnancia causaba. Los súbditos, por el contrario, procuraron sacar muchas utilidades de los cruzados, del modo mas odioso en el comercio y en las marchas: sobre todo, supieron aprovechar codiciosamente la situación de aquellos despues de la derrota de Doryleum, empleando la astucia y la violencia. Es lo único que se puede decir; no por esto, sino por sus propias faltas, es por lo que perecieron los cruzados.